

De cómo un infanteño sanó de la mordedura de una tarántula bailando al son de la vihuela

por Javier Moya Maleno

Todavía no había amanecido pero Tomás ya estaba despierto. Tumbado en el suelo de la era, con su raído capote por almohada y el cielo por tejado le daba vueltas al magín, como cada día, pensando en la perra vida que le había tocado vivir. Natural de tierra de Infantes y huérfano desde los cinco años, heredó de sus padres miseria, penurias y un hermano mayor con malas asauras que menudeaba sobre él tantos palos como afilados gritos. Para más inri era patizambo de nación y torpe de movimientos, por lo que nunca podría ganarse el pan en el campo en igualdad de condiciones a otros mozos. Malvivió leñeando en el escaso bosquerío, rebuscando grano, aceituna o collejas y conteniendo con cuervos y gorrinos por unas pocas bellotas.

Por eso no es de extrañar que, un buen día, decidiera marcharse con el coplero ambulante, sirviéndole, aprendiendo el oficio y compartiendo historias, hambres y negros fríos. A su muerte Tomás cogió el relevo y recorrió polvorientos caminos y pedregosas veredas, para llevar sus coplas y sonos allá donde le encaminaran sus pasos. Y a buena fe que no se le daba mal, pues tenía él recia voz, ingenio para el verso y hacía buenas gachas con todo el que encontraba. Así, más de sesenta inviernos se habían hincado en sus espaldas, y ahora, tras dejar Infantes una semana atrás, había llegado a Villarta cargado con sus tablillas, a la búsqueda de unas monedas con las que poder llenar el estómago.

Mezclándose con estos pensamientos vio de repente, en la oscuridad, a un paso de su cara, dos ojos rojos, brillantes como ascuas. Los pastores de Infantes hablaban, entre mil cuentos de espíritus y seres, de la temida ubea, una araña negra con alma de demonio que se rebulle en la noche igual que un lobo. A pesar de que intentaba no creer en la grey brujeril, las noctámbulas soledades tenían su quisicosa, así que apretó los ojos con fuerza y contó dos veces hasta diez (no sabía más, ni nunca le hizo mucha falta). Al abrirlos aquella mirada había desaparecido y el sol apuntaba entre los olivos; recogió sus escasas pertenencias y se dirigió a la plaza del pueblo. Sabía que habría menos gente que en otras ocasiones, pues muchos de los hombres jóvenes y no tan jóvenes estaban luchando en Argel, en el desembarco que su Majestad el Rey Carlos III había planeado contra el moro, para devolver a las Españas su pasada gloria militar. Demasiada gloria y poco pan daba este Señor, pensó. Pero ya que estaba allí haría su trabajo, por lo que empezó a colgar las coplas y a templar la garganta.

Al punto sintió como la mordedura de una hormiga en la cabeza, instintivamente se sacudió el pelo y un arañón negro cayó al suelo. Un repelús culebrero le recorrió de arriba abajo pues le eran conocidos los ponzoñosos efectos que transportaban las tarántulas. A poco rato tuvo dolor y escozor. A la media hora se le hizo un tumorcillo duro, oscuro y doloroso en la picadura, y antes de que transcurriera otra media el negro humor que torrenteaba en su cuerpo le echó en tierra con vértigos, congojas, fríos sudores y convulsivos movimientos. Los criaturos que aguardaban sus romances formaron gran escandalera de gritos, atrayendo la atención de los hombres y mujeres que mercadeaban en las proximidades. Buenos cristianos, le llevaron a una casa cercana y llamaron al doctor Don Manuel Francisco Sánchez quien, tras escuchar lo sucedido, se dispuso a aplicar el único remedio conocido.

Hizo llamar a Gabriel Jiménez, conocido músico y vihuelista de la villa para que tocara la tarantela, su postrera esperanza. No

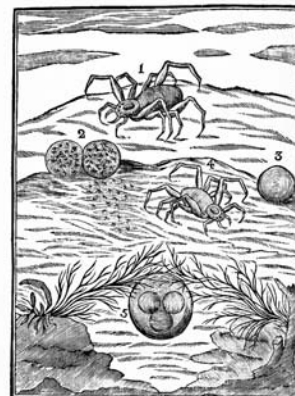
ha mucho tiempo que se practicaba este remedio, dicen que desde que llegaron los canteros y trabajadores italianos a La Mancha. El mismo Tomás lo había visto unos años antes de mano de su tocayo, Don Tomás Gurri, un médico catalán que había llegado a Infantes procedente de Valdepeñas. Ante la picadura de una araña-lobo a un mozo que segaba en la Cabezuela, puso a un amigo del moribundo tocando la guitarra a su lado, mientras que los familiares cantaban una oración, que más de doscientos años después seguirían recordando algunos paisanos suyos:

*Tarántula de mi vida
no le piques a mi dueño
con el son de la vihuela
que Dios te dé mucho sueño¹.*

No habría dado Gabriel más que unos pocos golpes a su instrumento cuando el enfermo, quien echado en un poyo estaba pasando más que el que se tragó las trébedes, principió a balancear las manos, cabeza, pies y todo el cuerpo. Movidito por poderosas e invisibles hechicerías arrojó la ropa con que se abrigaba, se levantó y se puso a bailar. La muchedumbre que estaba de visiteo en la casa no daba crédito a lo que veía: el coplero, torpe y viejo, que por la mala conformación de sus piernas andaba con mucho trabajo y no había bailado en su vida, estaba ante todos danzando con soltura, recreándose en los movimientos.

Continuó su baile al son de la vihuela por más de tres horas, sudando copiosamente y expulsando la mortal ponzoña de su cuerpo, pero por ver si realmente estaba tarantulado, cuando Tomás se encontraba en la mayor faena de su danza, el médico mandó a Gabriel que tocara otra sonata. Mudar de canción y acometerle un temblor de todo el cuerpo fueron parejos. Dejó de bailar y entre suspiros y lamentos se volvía a tumbarse, pero antes que se echara ordenó de nuevo tocar la viva y alegre tarantela, con lo que el coplero retornó al baile mismamente con garbo y destreza.

Cerca de tres días duró el aquellarre dancerial de Tomás, con algunos breves ratejos de descanso, en los que durmió como un bendito vencido por la fatiga y sudó copiosamente. Se le quitaron sus terribles dolores, quedó bueno del todo y pudo volver a su antigua vida².



Grabado de la obra "Tarantismo observado en España" (1787) del médico Francisco Xavier Cid

1 Agradezco a Julián José Valverde Pradillos, uno de los últimos eslabones que nos unen a los hombres-memoria, habernos facilitado estos datos recogidos por él en Infantes.

2 Junto a otros treinta y cuatro casos ocurridos en La Mancha, la historia y la mayoría de los detalles presentes en este escrito, son contados como ciertos en la obra *Tarantismo observado en España* (1787), del médico Francisco Xavier Cid. El fabulista, lo único que ha hecho es unirlos a los datos recogidos sobre el terreno por Julián Valverde y redactarlo siguiendo el estilo del maestro Carlos Villar Esparza, quien sigue vivo en sus trabajos, enseñanzas y nuestro recuerdo. Sírvale de póstumo homenaje.

FISIOTERAPIA
AVANZADA Y
TRAUMATOLOGÍA

Tomás Jiménez Rubio
Fisioterapeuta
Coleg. nº 702

Isabel Hurtado
Fisioterapeuta
Coleg. nº 8230

info@fisiosanar.es



Traumatología Dr. Raúl García - Punción seca
Electrólisis Percutánea Músculoesquelética - Ondas de choque
Hernia discal - Pilates suelo - Dolor cervical y lumbar
Cólico del lactante - Ecografía ME - Masaje Terapéutico

Fisiosanar
centro de rehabilitación

Tel. 926 378 176

M. 678 801 295

Frailes, 5

Villanueva de los Infantes

www.fisiosanar.es